

LIBRO SEGUNDO

---

EL INTESTINO DE LEVIATÁN



París arroja anualmente veinticinco millones al agua. Y cuenta que no hablamos en estilo metafórico. ¿Cómo y de qué manera? Día y noche. ¿Con qué objeto? Con ninguno. ¿Con qué idea? Sin pensar en ella. ¿Para qué? Para nada. ¿Por medio de qué órgano? Por medio de su intestino. ¿Y cuál es su intestino? La alcantarilla.

Veinticinco millones, tal es el más moderado de los guarismos aproximativos que dan los cálculos de la ciencia especial.

La ciencia, después de haber andado á tientas por mucho tiempo, sabe hoy que el más fecundo y eficaz de los abonos es el humano. Los chinos, digámoslo para nuestra vergüenza, lo sabían antes de nosotros. Ningún labrador chino (así lo dice Eckeborg) vuelve de la ciudad sin traer, en los dos extremos de su bambú, dos cubos llenos de lo que nosotros llamamos inmundicias. Merced al abono humano, la tierra está aún en China tan joven como en tiempo de Abraham. El trigo chino da hasta ciento veintiocho granos por uno. No hay guano comparable en fertilidad al *detritus* de una capital. Una gran ciudad es el mejor de los estercoleros. Em-